

Las calles de nuestro pueblo

Fernando Pérez Marqués (1919-1993) («Maestro y Escritor»)

(Resumen del artículo «Azorín en Santa Marta» escrito por sus hijos Isabel M.^a y Fernando Tomás Pérez González en el libro *Tierra de Barros*, publicado por la Diputación de Badajoz).

El año pasado comenzamos esta serie de artículos en los cuales pretendemos dar a conocer a los vecinos de Santa Marta el porqué se han puesto nombres a algunas calles de la localidad de personas que para muchos son desconocidas. No es este el caso, ya que el nombre de la calle que este año vamos a analizar (la antigua calle Calvo Sotelo, conocida popularmente como "La Parra") es de una persona muy conocida y querida en nuestro pueblo: **Fernando Pérez Marqués** (D. Fernando "el maestro") cuyo recuerdo perdura latente entre nosotros ya que hace poco tiempo que nos dejó.

"El maestro, un hombre menudo, gasta bigote recortado y protege su modesto traje oscuro con un extraño guardapolvo gris. Va escribiendo en el encerado las tareas de la jornada: sesión de la mañana, sesión de la tarde... Escribe con primorosa caligrafía y se expresa con una corrección desusada, casi anacrónica."

Nació en San Vicente de Alcántara (Badajoz), hijo del Jefe de Correos D. Luis Pérez y de Antoliana Marqués, una señora muy amante de la lectura que sembró en el corazón de su hijo la vocación literaria.

Con 23 años y una guerra civil a su espalda, llega a nuestro pueblo (1942) para ocupar una plaza de maestro, clase con 37 alumnos de distintas edades y muy atrasados. En los años que hubo de pasar en los cuarteles escribe con seudónimos de *Juan Soldado* y *Bachiller Fernán* en el semanario *Ráfagas* que publicaba el regimiento de Infantería Argel nº 27, de guarnición en Cáceres.

Fue Alférez de Complemento y como otros muchos oficiales de complemento pudo hacer carrera en el ejército, pero prefirió un empleo civil, eligió el de maestro y así lo comunicó a sus padres: *"Lo he pensado bien, y aunque se gana menos, también es verdad que se gasta menos, de modo que váyase una cosa por la otra"*

Estando de maestro en Santa Marta fue otra vez movilizado forzosamente: la movilización del 42. Ahora ya de teniente primero en Cáceres, luego en la guarnición de Badajoz y finalmente en el Campamento de Robledo en la Granja (Segovia). Y allí de nuevo el dilema: seguir la carrera militar, que se prometía rápida y fulgurante para los jóvenes oficiales de milicias universitarias, o la vuelta, cuando fuese po-

sible a una nueva escuela rural. Y eligió otra vez la escuela, pero no es Santa Marta, ya que la plaza que dejó forzosamente estaba ya ocupada por otro maestro, sino en Granja de Torrehermosa. Años en esta localidad que serían duros, años aquellos que sirvieron para acunar el chiste, terrible y oprobioso, sobre el hambre del maestro.

Pero en Granja hizo amistad con D. Florentino de la Gala Pila, dueño de una editorial donde Fernando Pérez publicó para sí y para sus amistades, puesto que no se imprimían libros, sino que se mecanografiaban unas cuantas copias- *"El alma travista"* una colección de meditaciones y estampas azorianas.

Como maestro, su amor a la profesión y su gran profesionalidad quedan plasmadas en la carta que escribe desde Granja a su novia, que después sería su mujer: *"He tomado mi obligación, o si se quiere la 'alta misión' que me incumbe de crear 'ciudadanos útiles, educándoles e instruyéndoles"*

He tomado eso, digo, un poco más en serio que los demás compañeros, y a ella me entrego de corazón. Los chicos, que, aunque sin una razón capaz de discernir, se dan cuenta de todo, dicen (los que yo tengo, claro, que son de tercer grado) que tienen un buen maestro y se muestran contentos. Yo lo sé porque mandé llamar a los familiares de mis alumnos para ponerme en contacto con ellos, conocerlos, charlar de sus niños, saber el caso de cada cual, a la par que en curso de la entrevista les haría ver yo la importancia y trascendencia que para el porvenir de esos niños tiene la Escuela. El Maestro tiene que buscar la cooperación de los padres, para, en com-



pañía, realizar la obra educadora. Aquí no saben de eso; no lo comprenden. Nunca le han hablado en tales términos. Y se admiran".

Su profesionalidad también la demostró durante su largo magisterio en nuestra localidad. Muchos nos acordamos de sus excursiones escolares al teatro de Mérida, a los dólmenes cercanos, a la presa romana conocida en Santa Marta por "El Paredón", a la Calera, al Risco, al Molinito... Conocemos también sus campañas de animación a la lectura y de la biblioteca ambulante que promovió o de las representaciones teatrales que hizo con los escolares. Sus alumnos no podrán olvidar sus primorosos "Cuadernos de rotación", rotulados y dibujados por ellos con tinta casera fabricada en frasquitos

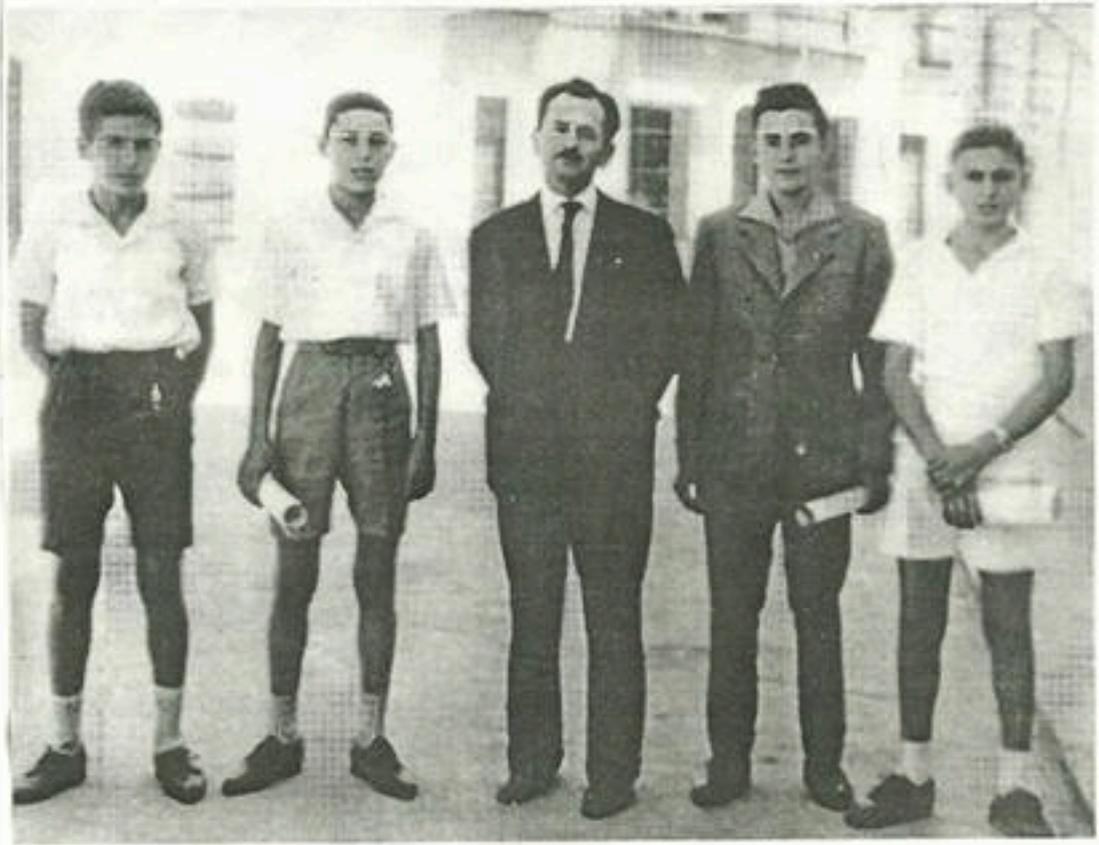
de penicilina con pigmentos y anilina y guardados en cajas de hilos que iban a pedir al comercio de Catena. Tampoco podrán olvidar su aula donde había: al fondo, una repisa sobre la que se alineaba, en frascos de cristal de variados tamaños, una colección de animales disecados: culebras, lagartos, alacranes, tarántulas, ratoncillos, ciempiés... A la derecha se encontraba un armario con piezas arqueológicas traídas por los niños y que en su mayoría habían sido encontradas por sus padres cuando realizaban alguna faena agrícola o en la reforma de la vivienda. A la izquierda estaba la biblioteca de aula donde se podían ver, entre otros, varios ejemplares del libro "Corazón" de Edmundo de Amicis. En la mesa de D. Fernando, sus alumnos recordarán la brillante y pulida vara de avellano, herramienta preceptiva en la pedagogía de la época. Y en la pared junto a los obligados cuadros de Franco, José Antonio y el crucifijo había una carta cuidadosamente enmarcada y que el famoso escritor Azorín envió respondiendo a la felicitación que los alumnos le habían cursado con motivo de sus ochenta años. Dice así:

Alegoría en la escuela

Agradezco infinito este jardín de flores tempranas que se me envía. Honra a quien lo cultiva. No pienso en el laurel, que tiene hojas perennes. Y este jardín ha de cumplir la ley imperativa de la vida: ha de renovarse. Abrazos para todos.

Por su dedicación al Magisterio le fue concedida "La Gran Cruz e ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio", el más preciado reconocimiento que un maestro puede recibir.

De su esposa D^a Celestina González, hija de agricultores, tomó el amor que tenía a la agricultura y que le impulsó a fundar, junto con unos cuantos



convecinos, la hoy próspera Cooperativa "Santa Marta Virgen" y fue él, con su sensibilidad literaria, quien concibió para los vinos de la localidad la denominación *BLASÓN DEL TURRA*, a fin de que el pequeño agricultor (denominado "turra" en la zona) sintiera el fruto de su honesta labor como su orgullo y su "blasón".

Gran amante de la escritura, su obra se extiende desde principios de la década de los años cuarenta hasta muy poco antes de su muerte en el año 1993. Cincuenta años que constituyen una larga trayectoria de fidelidad a la escritura, muy por encima de otras incursiones, del artículo periodístico, género en el que Fernando Pérez encontró las posibilidades mejores para expresar sus opiniones, sus pasiones, sus vivencias y para ejercitar su particular estilo. La mayor parte de su obra está constituida por sus artículos en diversas publicaciones periodísticas como los diarios *HOY*, *ABC*, *EXTREMADURA*, o algunas revistas de ámbito local o profesional. Dos libros tenía en el telar - así le gustaba decir - que hubiese consolidado su nombre en el panorama de las letras extremeñas: *Abolengo literario del Guadiana* y *la Historia de la Villa de Santa Marta*, dos ensayos que hubiesen venido a prolongar los que ya compuso casi al final de su vida: *De Extremadura*; *Cuatro esquinas de atención*; *El alcornoque y el corcho* (escrito conjuntamente con su hija Celestina Pérez González); *Espejo literario de Extremadura* y *postales de andar extremeño*.

En 1993 fue nombrado hijo adoptivo de la localidad y hoy en día la calle donde vivió más de media vida lleva su nombre en gratitud a su trabajo y amor a nuestro pueblo.